

LO INDESCRITIBLE

Las historias de la transición están llenas de silencios sobre hechos y situaciones, perfectamente descriptibles, cuya difusión perturbaría la idea de que el cambio político ha consistido en el paso premeditado de la Monarquía dictatorial a la democrática. Sería mucho pedir a los historiadores que explicaran las causas particulares de esa voluntad libertadora en conspicuos hombres de la dictadura, y las de esa repentina conversión a la Reforma en partidos que, duraderamente, habían puesto su fe en la Ruptura democrática.

Se les podría exigir que describieran esos fenómenos insólitos. Pero ellos los consideran indescriptibles, en tanto que procesos psíquicos de naturaleza tan inefable como la de las experiencias místicas. Antes que entrar en ese campo, sugerido de traiciones, perjurios y deslealtades en ambos bandos, los historiadores prefieren que siga cundiendo la espiritual idea del milagro español. En la epifanía de 1977, los Saulos gentiles se convirtieron en Pablos católicos al caer a la realidad del poder, desarzonados de caballos ideológicos que se espantaron del grito popular de libertad. En verdad, esto es indescriptible.

El triunfo ideológico de la historia oficial de la Transición ha sido posible porque los hábitos, de cuarenta años de sustitución de la cultura por la propaganda, terminaron por borrar del idioma las diferencias semánticas que distinguen y separa, en el relato histórico, las actuaciones lingüísticas requeridas para su debida narración, descripción, definición, explicación y justificación. No se trata aquí de la ingenua incultura de las masas dominadas, sino de la sofisticada ignorancia de las clases intelectuales y editoras que crean la opinión dominante.

Esta incultura culta ha hecho de la palabra indescriptible, que solamente denota lo no susceptible de descripción, un sinónimo de lo grandioso o de lo indefinible, o sea, de lo que no tiene límites.

Se entiende que el milagro español causante de la transición sea inexplicable para los historiadores del poder. Pero no porque no sea perfectamente describable, o medianamente definible. La descripción ha sido considerada desde antiguo como una definición imperfecta (Petrus Ramus) o «moins exacte» (Port Royal), que no puede darnos un conocimiento de algo, pero sí un saber acerca de algo (William James y Bertrand Russell). Un saber descriptivo que llegó a ser, en Wittgenstein, nada menos que el objetivo de la filosofía. Una disciplina que «no tiene nada que explicar ni deducir, pues todo está a la vista». ¡Qué error reaccionario!

La historia de la Transición no nos proporciona un saber acerca del llamado, precisamente por su indescripción, milagro español. No puede haber un fracaso mayor, un naufragio tan angustioso de la historiografía, si casi un cuarto de siglo



después de ocurrido aún se continúa hablando, dentro y fuera de España, del milagro existencialmente vivido, pero históricamente indescriptible, de que los tiranos se hicieran libertadores, y las víctimas abrazaran a sus verdugos.

Un milagro no sólo indescriptible, caso único en la historia de la milagrería, sino gratuito, como los realizados por la gracia divina, pues ocurrió sin consideración a mezquinas motivaciones del interés personal en los agentes de la gracia, ni al hecho visible de que tan nobilísima conversión espiritual tuvo por consecuencia instantánea el que los unos siguieran en el carro del Estado y los otros se subieran a él.

Si se abstrae de la historia este hecho capital, este reparto entre ambiciones, concebido con el propósito común de eliminar la incertidumbre de la libertad política sobre las pretensiones de ser fejes de lanueva situación, entonces aparece el milagro indescriptible del súbito y maravilloso abrazo de los españoles en, y por fin, la libertad.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

CONTRA EL PODER ECONÓMICO

Ha llegado hasta las manos de Juan Bravo un documento de Eta, fechado no hace mucho, en el que la banda terrorista justifica el incremento de atentados «contra el poder económico». De hecho, un tercio de su actividad criminal durante el año 2000 estuvo dirigida contra este tipo de objetivos.

Los «ideólogos» de los terroristas, como es habitual en su conocida línea argumental de que la culpa es de los demás y nunca mía, imputan a los empresarios el haber sido «los principales inductores a poner obstáculos y los principales enemigos de la iniciativa puesta en marcha en septiembre de 1998». En ese mes, la banda anunció el «supuesto alto el fuego»,

que como se ocupó de denunciar, casi en solitario, LA RAZÓN, y después quedó demostrado, no era más que una burda trampa para ganar tiempo. Lo que le duele a los pistoleros es que los empresarios, y muy particularmente los vascos, no cayeran en la trampa que habían tendido a la sociedad en su conjunto, y no se plegaran a los delirantes planes que se les habían ocurrido para llevar al País Vasco a la «soberanía». La lectura del documento no produce tranquilidad pero la creciente efectividad de las Fuerzas de Seguridad hace concebir esperanzas de que Eta sea, al final, vencida.

Juan BRAVO



AZNAR Y GONZÁLEZ

Una de las cosas en que el actual presidente de Gobierno y su predecesor en el cargo coinciden es en su afición a viajar y encontrarse con los mandatarios de otros países. Tan notable es su afición que su verdadera vocación —cabe pensar— es la de ser ministros de Asuntos Exteriores. Claro que ello tendría graves inconvenientes. No es tan importante ser ministro como ser presidente. Y no les sería posible ejercitar otra de sus aficiones comunes: la de poner y quitar ministros a su gusto. Y envolverse en un halo de misterio, de hermetica y enigmática seguridad, cuando los periodistas les preguntan si va a producirse una crisis o quien va a ser su sucesor. Abriendo un suspense, que remeda a las películas de Hitchcock.

Y lo paradójico es que nuestros gobiernos sucesivos, tanto los de Felipe González como los de Aznar han carecido radicalmente de una política exterior, si por tal entendemos una política que defiende los intereses propios de España. No una mera repetición y ejecución sumisa de lo que nos dicta la Administración de los Estados Unidos o los gobiernos de las mayores potencias europeas.

No se trata, pues, de desplegar una actividad al servicio de una política firmemente



elaborada, sino de algo mucho más elemental: de buscar un terreno tranquilo y grato para exhibirse. Las críticas de la oposición y el debate con ellas, o las que puedan formular los medios de comunicación permanecen en la lejanía. Y como no

se pretende enfrentarse con los poderosos la placentera felicidad queda asegurada. No es exclusiva de nuestros gobernantes la vocación por los encuentros, aunque en los nuestros se acentúa de un modo peculiar. Periódicamente asistimos a «cumbres» tan llamativas para los medios de comunicación como estériles, dada la parvedad de sus resultados. Se convierten, entonces, las resonantes cumbres en meros actos sociales, cerrados por la culminante fotografía.

Fotografía en que a nuestros presidentes, con muy reducida preparación y rodaje, antes de haber ascendido al poder, les encanta exhibirse, codeándose con los políticos internacionalmente poderosos. Pensando, además, que con ello se magnifican ante la ingenua ciudadanía. Al modo que también parecen estimar que unas declaraciones sobre acontecimientos ocurridos en España, realizadas desde un punto remoto del planeta, ganan en importancia, lo que tienen en kilómetros de distancia y alejamiento del conocimiento más directo de los hechos.

Y, así, anda nuestra política internacional. El gobierno no pronuncia una sola palabra sobre un problema, sangrante en sí, pero que, además, afecta, profundamente, a nuestra responsabilidad, nuestra dignidad y nuestra ética: la situación del pueblo saharaui. Miserablemente abandonado y entregado a Marruecos, sin que llegue nunca el referéndum prescrito por las Naciones Unidas y obstaculizado sistemáticamente por el reino marroquí. Podríamos tomar ejemplo de nuestros vecinos y hermanos portugueses, cuyos gobiernos no cejaron en el empeño de realizar el referéndum sobre el Timor Oriental, aunque luego, y no por su culpa, ciertamente, se produjeron escandalosas violencias, tratando de frenar la independencia. Y, al par que nuestro gobierno se desentiende del destino del pueblo saharaui, decide, en apoyo de los albanokosovares, intervenir criminalmente en Yugoslavia, siguiendo las consignas del imperio y colaborando en el bombardeo de este país, con las desastrosas consecuencias que ahora se comprueban.

Ciertamente nuestra actitud ante Marruecos, tanto en este grave asunto como en la política pesquera, es vergonzosa. Pero ni seguimos los intereses objetivos de la justicia, ni los de nuestros pescadores. Los supeditamos a los del imperialismo estadounidense, para el cual Marruecos es un bastión fiel en el agitado mar musulmán.

Y ¿qué diremos de nuestra política dentro de Europa? Somos tan abnegadamente europeístas que sacrificamos nuestras fuerzas productivas industriales, agrícolas, ganaderas, para que crezcan las de Centro Europa y de la mortífera cabaña inglesa. ¿Cuándo van a servir los lucidos viajes de nuestros gobernantes para defender los intereses de nuestro país?

Carlos PARÍS